

Quero

economía y política

COMISION 1.

CARACTER DE LA EPOCA Y MUNDO ACTUAL

La caracterización de la época actual constituye una tarea indispensable para la formulación de un proyecto socialista. Sólo una adecuada comprensión de los profundos cambios epocales de todo tipo y de los trascendentales acontecimientos políticos de la historia reciente nos permitirán situarnos en la realidad contemporánea y proyectar el pensamiento y la acción de los socialistas hacia un siglo XXI que ya despunta en el horizonte. La realización plena de los valores de la justicia, libertad e igualdad sigue siendo una tarea pendiente para cualquiera de los sistemas político-sociales que el hombre ha construido, y en particular para el capitalismo, y esta es la razón de la necesidad y vigencia de las ideas socialistas.

No resulta fácil tipificar con cierta precisión una época tan compleja y heterogénea. Lo que la humanidad ha vivido en las últimas décadas no hace sino demostrar que la teoría es, frecuentemente, demasiado gris para dar cuenta del árbol siempre verde de la vida real. Durante casi medio siglo, la mayor parte de la izquierda en todo el mundo-y, dentro de ella, nuestro Partido - caracterizó la época como una fase de transición histórica desde el capitalismo al socialismo. Esa definición esquemática, formulada con carácter de ley de validez universal, implicaba una concepción lineal del progreso y de la historia que ya no es posible mantener, así como tampoco es posible seguir sosteniendo la validez de tal definición. Para lograr conocer nuestra época y sus tendencias principales, deberemos utilizar una nueva clase de reflexión, más atenta a la diversidad y complejidad de la vida real, combinando adecuadamente el pesimismo de la inteligencia con el optimismo de la voluntad.

*Analisis
económico
y político
del
M.R.
y de
del B*

El derrumbe fulminante de los regímenes del "socialismo real" y el posterior inicio en esos países de un proceso acelerado de adopción de modelos socio-económicos capitalistas de corte neoliberal han constituido un duro golpe para los socialistas de cualquier latitud. Es cierto que los socialistas chilenos no nos sentíamos identificados con ese tipo particular de socialismo y que, a lo largo de toda nuestra historia partidaria, criticamos duramente las represiones, el monolitismo partidario e ideológico, la falta de libertad y democracia, la ausencia de participación popular y el autoritarismo burocrático que caracterizaron a los regímenes de "socialismo real". Pero tras nuestras críticas subyacía la esperanza de que esos pueblos iniciaran un proceso de rectificaciones que les permitieran, en definitiva, consolidar sistemas en los cuales se articularan armónicamente libertad política con igualdad y justicia social. Jamás creímos posible una masiva conversión de esos países a regímenes de capitalismo salvaje. El fenómeno es demasiado reciente para lograr concebir una explicación cabal del mismo. Se trata de una tarea que deberemos acometer reajustando nuestro instrumental teórico y teniendo plena conciencia que no disponemos ya de lo que, con todos sus defectos, era un referente histórico concreto de régimen alternativo al capitalismo.

Más fácil resulta constatar los efectos de la desaparición del llamado "mundo socialista", o segundo mundo, de la escena política internacional. El fin de la Guerra Fría y de la bipolaridad han facilitado en gran medida la universalización del capitalismo y la consolidación de la tendencia a la globalización. La conformación de bloques económicos regionales y la progresiva construcción de un marco normativo que facilite el comercio mundial aparecen como las primeras adecuaciones a esta nueva realidad. El proceso de redefinición de las hegemonías políticas recién se ha iniciado. Como latinoamericanos, sin embargo, podemos constatar que la hegemonía de los Estados Unidos

sobre los países de la región es mayor y que tiende a aumentar a corto plazo.

El rasgo dominante de la época es el cambio histórico profundo que están experimentando las principales creaciones de la modernidad. Mercados nacionales, empresas nacionales y Estados nacionales aparecen ya o como realidades superadas o en proceso acelerado de superación, con todas las consecuencias sociales, económicas, políticas y culturales que ello implica. A pesar de asimetrías evidentes entre las distintas economías de cada región, de resistencias aún fuertes de algunos sectores y de ocasionales retrocesos, la conformación de un mercado mundial avanza progresivamente por la vía de la supresión de las tradicionales barreras a la circulación de mercancías y capitales.

La revolución científico-tecnológica en curso, y en particular los revolucionarios cambios en las telecomunicaciones y la informática se encuentran en la base del cambio en la matriz productiva de las sociedades del capitalismo del centro o desarrollado. En tales sociedades, la producción y difusión masiva de bienes culturales pasa a ocupar el rol central que antes habían ocupado los bienes materiales. La metalurgia, y las industrias textil, química, eléctrica y electrónica, que fueron los pilares del desarrollo de la sociedad capitalista industrial, han sido desplazadas de tal rol por la producción y difusión de conocimientos, información, educación, salud y por los grandes medios de comunicación. En este tipo de sociedades, el poder ya no radica exclusiva y ni siquiera principalmente en la propiedad de los medios de producción, sino en la capacidad de prever y modificar opiniones, actitudes, conductas y patrones de consumo, es decir, en modelar la personalidad y la cultura. La antigua dicotomía entre burgueses y proletarios cede su lugar a un nuevo tipo de dicotomía: la que existe entre quienes controlan y manipulan la producción y difusión de conocimientos e información y quienes están excluidos de

tal proceso. Nos encontramos, que duda cabe, ante un nuevo tipo de sociedad capitalista que, a falta de un término más preciso, es llamado sociedad posindustrial.

La paulatina desindustrialización del centro capitalista ha ido acompañada de un proceso paralelo de industrialización de algunas regiones y países de la periferia capitalista. Los agentes principales de esta internacionalización económica-que, al alcanzar también los ámbitos sociales, políticos, ideológicos y culturales ha pasado a ser denominada globalización-son las empresas transnacionales. Utilizando en su favor la apertura de los mercados nacionales y la casi completa libertad de movimiento de que goza actualmente el capital financiero a nivel mundial gracias a la desregulación de sus actividades, las empresas transnacionales concentran hoy más del 30% del comercio mundial, los flujos financieros y las ganancias del mercado globalizado. Todo ello nos permite concluir que, si bien el capitalismo ha cambiado de forma en su centro, extendiéndose también dicho cambio a la periferia del sistema, tal cambio ha dejado inalterable la característica principal del capitalismo: su motor sigue siendo la búsqueda de espacios de valorización del capital, es decir, de ganancias. Y en tal proceso las empresas transnacionales se mueven en el mercado mundial como en un espacio planificado de actividades propias, monopolizando tanto la producción de bienes materiales de alta densidad tecnológica y más rentables como la producción de conocimientos e información, por la vía del despliegue de sus actividades tanto en países del centro como de la periferia.

Los cambios antes señalados han producido efectos de largo alcance en la estructura social y en los procesos políticos de los países capitalistas desarrollados. En la llamada sociedad posindustrial o posmoderna no sólo ha cambiado la forma de producir, sino también están cambiando el Estado nacional, la familia, la sociedad, las formas de trabajo y la cultura. Se trata de cambios que, en un mundo

globalizado, extienden sus efectos a los países periféricos, y es preciso estar atento a sus modalidades y desarrollo.

Situados en la periferia del sistema capitalista, los países latinoamericanos se empiezan a insertar en el mundo globalizado ya sea por la vía de asociación entre ellos (Mercosur) o en forma individual, como el caso de nuestro país. La forma específica de inserción en la economía mundial que cada país adopte tendrá también profundos efectos en su estructura social y en su proceso político, al privilegiar el crecimiento de algunos sectores productivos y desalentar el de otros. En todo caso, estamos lejos de vivir experiencias similares a la de los países del centro, aún con todas sus contradicciones y la mantención de grados importantes de marginación. Seguimos siendo naciones preindustriales productoras de materias primas o, en el mejor de los casos, con sectores industriales de mayor o menor presencia en la economía nacional. Las empresas transnacionales - en forma individual o en alianza con sectores empresariales nacionales - controlan la producción de productos básicos esenciales, de productos manufacturados y tienen también presencia en el sector de los servicios, de creciente importancia en nuestras economías. En buenas cuentas, ante un mundo cuya parte más desarrollada marcha hacia la posmodernidad, nosotros intentamos llegar a la modernidad.

Uno de los efectos más importantes del proceso de globalización sobre los países periféricos es la pérdida de la capacidad del Estado nacional para regular los procesos económicos. La creciente transnacionalización económica, la pérdida progresiva de importancia del mercado nacional y la imposición de la rentabilidad como único objetivo de su actividad económica, junto a la desregulación de las actividades comerciales, monetarias y financieras impuesta por las directrices de los organismos multilaterales y los tratados comerciales, han dado como resultado una notable disminución de la capacidad reguladora y de planificación del Estado nacional. Con un muy escaso margen de manio-

bra económica, el Estado nacional está obligado a seguir siendo, sin embargo, el espacio en que se desarrollan y dirimen los conflictos sociales y políticos, constituyendo ésta una de las principales contradicciones del capitalismo periférico.

La época actual está, pues, caracterizada por procesos contradictorios en pleno desarrollo. Si bien las aplicaciones de las telecomunicaciones y la informática a los procesos productivos permiten liberar al hombre de trabajos rutinarios y teóricamente-dejarle tiempo libre para el desarrollo de toda su creatividad potencial, produce desempleo estructural que, a juzgar por la experiencia de los países capitalistas desarrollados, tales sistemas económicos no son capaces de absorber por otros medios. La relocalización de los procesos industriales en países de la periferia capitalista, si bien permite a éstos alcanzar tasas de crecimiento importantes, relocaliza también el deterioro ambiental y patrones de explotación propios del antiguo mundo industrial. La conformación de un mercado mundial tiende a excluir totalmente de la economía mundial a aquellos países que no son capaces de insertarse en ella con rapidez, como es el caso de la mayor parte de los países africanos.

Al iniciar la última década de este siglo, el 20% de la población mundial recibe el 82% del ingreso, en tanto el 20% más pobre recibe apenas el 1.3% del ingreso mundial. Estas cifras, que tienen su correlato como tendencia al interior de la mayor parte de los países periféricos y en algunos países desarrollados, nos indican con claridad que si bien es cierto el sistema capitalista ha extendido su alcance a casi todas las regiones del mundo, demuestra gran vitalidad y vive un proceso de cambios impresionantes que es preciso conocer, no ha sido capaz de superar la desigualdad, la explotación y la marginación de las mayorías en cada país. Estas existen tanto en la antigua sociedad preindustrial o industrial, en la cual seguimos viendo en la periferia del sistema, como en la sociedad posindustrial

del centro, aunque aquí en menor grado. La victoria del capitalismo sobre el "socialismo real" es un hecho de la historia. Pero la necesidad del socialismo no ha sido derrotada.